

ACTIVIDAD DE APRENDIZAJE

Lectura

educarchile

FCH
FUNDACIÓN CHILE



Segundo medio



Asignatura

Lengua y Literatura



Materiales

- Cartulinas
- Plumones
- Ficha de lectura 1
- Microcuentos



Tiempo estimado

2 horas pedagógicas

OBJETIVOS DE APRENDIZAJE

Segundo Medio. OA 7

Leer y comprender cuentos latinoamericanos modernos y contemporáneos, considerando sus características y el contexto en el que se enmarcan.

INDICACIONES AL DOCENTE

Se espera que este recurso se utilice al comienzo de la primera Unidad del nivel II° medio. Su propósito principal es fortalecer el manejo de las habilidades de la comprensión lectora, haciendo énfasis en el procedimiento que se encuentra a la base de cada una de estas habilidades. En tal sentido, este recurso se estructura a partir de una propuesta de pasos para desplegar las habilidades lectoras, considerando en cualquier caso, que dichos pasos son sugerencias didácticas que pueden ser modificadas por el docente, siempre que no se afecte el procedimiento de cada habilidad.

HABILIDADES PARA EL SIGLO XXI

- Desarrollando la metacognición
- Expandiendo la comunicación



ESTRUCTURA DE CLASES

1. INICIO

La clase comienza a partir de un desafío lector. El docente pide que se pongan de pie todos los estudiantes que saben leer. Se espera que todos o la gran mayoría se levante. Luego pide que se mantengan de pie los que piensan que comprenden más de la mitad de los textos que leen, independientemente de su extensión, de su temática y de su complejidad. Luego se pide que se mantengan de pie los que piensan que comprenden todo lo que leen independientemente de su extensión, de su temática y de su complejidad. Se espera que menos de la mitad de los estudiantes se mantengan de pie. Finalizado este ejercicio, se les pide a todos que se sienten y se les pregunta ¿qué significa saber leer? los que sienten que tienen mayores capacidades lectoras, ¿saben de dónde vienen, por qué se originan y cómo se fortalecen?

Se espera que con las respuestas de los estudiantes el docente pueda conducir la reflexión hacia la idea de que las habilidades lectoras se sustentan, al igual que las demás habilidades del pensamiento, en un procedimiento, o en un paso a paso.

2. DESARROLLO

Elaborando conceptos

Finalizada la reflexión anterior, el docente leerá el siguiente microcuento de la antología Santiago en 100 palabras:

DOLOR O MOLESTIA

Ahora que sus logros lo acercaban a sus sueños. Ahora justo ahora, irrumpe esta noticia. Bajando por la Costanera, el tono neutro de la voz de Sara, lo acompaña: "Murió el papá. ¡Mamá pregunta si vendrás!". Vuelve a aparecer con nitidez, aquella niñez y juventud de calles polvorientas, de un pueblo sin sueños, de gritos con aliento a alcohol, de carencias y de silencios. Todo muy lejano al café latte, a la inmediatez de sus respuestas, a la seguridad de su abundancia. Aun así, no podía descubrir si la partida de su padre, era dolor o molestia.

César Rodríguez Alarcón, 54 años, Santiago.

Terminada la lectura, formulará las siguientes preguntas:

- 1) ¿Por qué calle venía transitando el protagonista? ¿cómo lo supo?
- 2) ¿Qué parentesco tiene el protagonista con Sara? ¿cómo lo supo?
- 3) ¿Cómo era la situación económica del protagonista en su niñez? ¿cómo lo supo?
- 4) ¿Por qué el texto lleva ese título? ¿cómo lo supo?

Una vez respondidas estas preguntas, el docente conducirá una reflexión acerca de la importancia de saber cómo se logró llegar a la respuesta, puntualizando que es más importante dominar ese cómo que lograr dar con la respuesta correcta.

Aplicando los conceptos

El docente les pedirá a los estudiantes que conformen grupos de 6 a 7 integrantes. A cada grupo le repartirá un microcuento con una serie de preguntas que corresponden a diferentes habilidades de comprensión lectora (Identificar información literal, identificar información inferencial, interpretar, argumentar). Se espera que los estudiantes, en grupo, lean el texto y respondan las preguntas y que para cada una de sus respuestas identifiquen cómo lograron llegar a la respuesta, haciendo una propuesta de pasos. Las conclusiones las plasmarán en una cartulina que expondrán a sus compañeros. A partir de estas exposiciones, se registrarán en la pizarra el nombre de las habilidades con sus respectivos pasos procedimentales.

Trabajo personal

Los estudiantes leen, individualmente el cuento Emma Zunz, de Jorge Luis Borges y responde la ficha de lectura N°1.

3. CIERRE

Los estudiantes, voluntariamente comentan las dificultades que encontraron para responder la ficha de lectura. El docente los invita a que se refieran a las estrategias que utilizaron para responder la ficha y que mencionen los pasos que siguieron. Finalmente los invita a evaluar la relevancia de saber el “cómo” se responde la pregunta y cómo este conocimiento incide en la calidad de su lectura y su capacidad de comprensión.



EVALUACIÓN Y SUGERENCIAS

INSTRUMENTOS DE EVALUACIÓN

Escala de apreciación /Autoevaluación

Los y las estudiantes completarán una pauta de autoevaluación para identificar sus logros y sus principales dificultades para el desarrollo de las actividades de la clase.

SUGERENCIAS DE USO

Se recomienda que para el ejercicio del inicio se prepare a los estudiantes pidiéndoles la máxima sinceridad en las respuestas. Si no se consigue que reconozcan debilidades en la comprensión lectora se pueden formular preguntas más directas como por ejemplo, la cantidad de tiempo que pueden leer comprendiendo todo lo que leen, etc. Además, se sugiere acompañar el trabajo grupal a fin de que no se extienda por más de 20 minutos, a fin de asegurar que se pueda realizar el trabajo personal. Por último, se sugiere reforzar el procedimiento de cada habilidad, registrando en la pizarra los pasos que identifiquen los estudiantes, de manera tal que se apropien de su importancia. Tal vez se podrían comparar con los procedimientos que se usan en matemáticas para la resolución de problemas o ecuaciones.



Anexos

Textos Santiago en 100 palabras

TEXTO 1

La doña Ester

La doña Ester es conocida en el campamento por vender completos, la doña Ester todas las mañanas va a la Vega, la doña Ester no tiene vacaciones y dejó de ir al centro de madres, la doña Ester cuida a su marido enfermo y anhela que la farmacia popular llegue a la pobla, la doña Ester parece disco rayado contando que su hija egresó de ingeniería y que el varón anda fuera del país. La doña Ester espera que recuerden que no conoce el mar.

Neltis Silva Rodríguez, 17 años, Pedro Aguirre Cerda

1) ¿Cuántos hijos tiene doña Ester?

2) ¿Por qué doña Ester dejó de ir al centro de madres? ¿Qué pistas le permiten afirmarlo?

3) ¿Cuántos hijos tiene doña Ester?

4) ¿Qué sentimiento se puede percibir que doña Ester expresa por sus hijos? ¿qué le permite afirmarlo?

5) ¿Cómo se puede interpretar este fragmento?: *La doña Ester espera que recuerden que no conoce el mar.*

TEXTO 2

Héroe con tres ruedas

Con el ruido estrepitoso de las gotas estrellándose contra el techo de la casa, comienza su día; son las cinco de la mañana y feliz se levanta. Mientras la tetera chilla y baila su tapa, la radio de fondo anuncia la tempestad en la ciudad. De una caja, como cofre ancestral, saca su traje amarillo y botas negras, se toma un café con tres de azúcar y una marraqueta con mantequilla para acompañar. Llegó el momento, no hay tiempo para vacilar, la ciudad requiere un héroe de traje engomado que, junto con su triciclo, guiará a la gente a su destino.

Felipe Silva Balocchi, 25 años, Santiago

1) ¿En qué estación del año se sitúa el relato? ¿qué le permite afirmarlo?

2) ¿Cómo se puede interpretar este fragmento?: *Mientras la tetera chilla y baila su tapa*

3) ¿A qué se dedica el personaje descrito en el relato? ¿qué le permite afirmarlo?

4) ¿Por qué el personaje es identificado como un superhéroe?

TEXTO 3

Ciudadana

Juana caminaba megáfono en mano, atenta a los traicioneros adoquines que rodean la plaza. Iba a su reunión semanal de los martes, repasando un itinerario que conocía de memoria: extender el lienzo que la Rosa debía traer, gritar algunas consignas contra la autoridad, cantar para que les pagaran la deuda. Luego, el cafecito que llevaba la Olga y los puchitos de la comadre. Detuvo su camino frente al quiosco de don Sergio y vio en el diario que otros compañeros habían recibido su bono. Su cara perdió color. «Dios quiera que no nos escuchen», pensó, y apuró el paso.

Felipe Ajenjo Martínez, 34 años, Providencia

1) ¿Cuáles es el propósito que busca Juana con su reunión de los martes?

2) ¿Qué actividad realiza Juana todos los martes? ¿qué le permite afirmarlo?

3) ¿Por qué Juana palideció cuando leyó el titular del diario?

4) ¿Por qué Juana pide a Dios que no los escuchen?

TEXTO 4

Agrégame

Después de diez años de matrimonio, la llama se fue apagando. Él, buscando nuevas aventuras, con un poco de culpa y osadía se registró en una página de citas para personas casadas. Revisó cerca de cien perfiles, dio algunos «me gusta» y contestó un par de mensajes. Hubo sólo una mujer que le llamó verdaderamente la atención. Revisó todas sus fotos. De no ser por el anillo que le regaló hace tantos años, no la hubiera reconocido. Algo tímido decidió enviarle un mensaje: «¿Te gustaría que nos juntáramos, pero sin que yo me entere?».

Mauricio Mura Pineda, 21 años, Los Andes

1) ¿Por qué él se registró en una página de citas?

2) ¿Cuánto tiempo llevaban de casados?

3) ¿Cómo descubrió que la mujer de las fotos era su esposa?

4) ¿Cómo cree usted que habrán sido las fotos de su mujer que él vio en la página de citas? ¿qué le permite afirmarlo?

TEXTO 5

Historia viva

Mi abuelo nació en la calle Dolores cercana a Romualdito, vivió diez fiestas de la primavera en el barrio Yungay. Jugaba cerca del Seguro Obrero cuando asesinaron a los estudiantes. Almorzó en la olla del pobre cuando vivía en un conventillo, recibió cuatrocientos pesos para votar por Matte, llegó a Lo Valledor para autoconstruir su casa. Dejó de beber y fumar el año 73, se jubiló cuando volvió la democracia, tuvo su primera bisnieta durante Francia 98, quedó viudo en el primer gobierno de Bachelet y en el segundo se decidió a usar bastón. Hoy preguntó cómo será el futuro.

Natalia Canales Riquelme, 31 años, Pedro Aguirre Cerda

1) ¿Cuánto tiempo vivió el abuelo en el barrio Yungay?

2) ¿Quién era Matte? ¿qué le permite afirmarlo?

3) ¿Qué hito de la vida del abuelo marca el mundial de Francia 98?

4) ¿Por qué el cuento se titula Historia Viva?

Ficha de lectura N°1

LA GALLINA DEGOLLADA HORACIO QUIROGA

Todo el día, sentados en el patio en un banco, estaban los cuatro hijos idiotas del matrimonio Mazzini-Ferraz. Tenían la lengua entre los labios, los ojos estúpidos y volvían la cabeza con la boca abierta. El patio era de tierra, cerrado al oeste por un cerco de ladrillos. El banco quedaba paralelo a él, a cinco metros, y allí se mantenían inmóviles, fijos los ojos en los ladrillos. Como el sol se ocultaba tras el cerco, al declinar los idiotas tenían fiesta. La luz ennegrecedora llamaba su atención al principio, poco a poco sus ojos se animaban; se reían al fin estrepitosamente, congestionados por la misma hilaridad ansiosa, mirando el sol con alegría bestial, como si fuera comida. Otra veces, alineados en el banco, zumbaban horas enteras, imitando al tranvía eléctrico. Los ruidos fuertes sacudían asimismo su inercia, y corrían entonces, mordiéndose la lengua y mugiendo, alrededor del patio. Pero casi siempre estaban apagados en un sombrío letargo de idiotismo, y pasaban todo el día sentados en su banco, con las piernas colgantes y quietas, empapando de glutinosa saliva el pantalón. El mayor tenía doce años, y el menor ocho. En todo su aspecto sucio y desvalido se notaba la falta absoluta de un poco de cuidado maternal.

Esos cuatro idiotas, sin embargo, habían sido un día el encanto de sus padres. A los tres meses de casados, Mazzini y Berta orientaron su estrecho amor de marido y mujer, y mujer y marido, hacia un porvenir mucho más vital: un hijo: ¿Qué mayor dicha para dos enamorados que esa honrada consagración de su cariño, libertado ya del vil egoísmo de un mutuo amor sin fin ninguno y, lo que es peor para el amor mismo, sin esperanzas posibles de renovación? Así lo sintieron Mazzini y Berta, y cuando el hijo llegó, a los catorce meses de matrimonio, creyeron cumplida su felicidad. La criatura creció bella y radiante, hasta que tuvo año y medio. Pero en el vigésimo mes sacudiéronlo una noche convulsiones terribles, y a la mañana siguiente no conocía más a sus padres. El médico lo examinó con esa atención profesional que está visiblemente buscando las causas del mal en las enfermedades de los padres. Después de algunos días los miembros paralizados recobraron el movimiento; pero la inteligencia, el alma, aun el instinto, se habían ido del todo; había quedado profundamente idiota, baboso, colgante, muerto para siempre sobre las rodillas de su madre.

—¡Hijo, mi hijo querido! —sollozaba ésta, sobre aquella espantosa ruina de su primogénito.

El padre, desolado, acompañó al médico afuera.

—A usted se le puede decir; creo que es un caso perdido. Podrá mejorar, educarse en todo lo que le permita su idiotismo, pero no más allá.

—¡Sí!... ¡Sí! —asentía Mazzini—. Pero dígame: ¿Usted cree que es herencia, que?...

—En cuanto a la herencia paterna, ya le dije lo que creía cuando vi a su hijo. Respecto a la madre, hay allí un pulmón que no sopla bien. No veo nada más, pero hay un soplo un poco rudo. Hágala examinar bien.

Con el alma destrozada de remordimiento, Mazzini redobló el amor a su hijo, el pequeño idiota que pagaba los excesos del abuelo. Tuvo asimismo que consolar, sostener sin tregua a Berta, herida en lo más profundo por aquel fracaso de su joven maternidad.

Como es natural, el matrimonio puso todo su amor en la esperanza de otro hijo. Nació éste, y su salud y limpidez de risa reencendieron el porvenir extinguido. Pero a los dieciocho meses las convulsiones del primogénito se repetían, y al día siguiente amanecía idiota. Esta vez los padres cayeron en honda desesperación. ¡Luego su sangre, su amor estaban malditos! ¡Su amor, sobre todo! Veintiocho años él, veintidós ella, y toda su apasionada ternura no alcanzaba a crear un átomo de vida normal. Ya no pedían más belleza e inteligencia como en el primogénito; ¡pero un hijo, un hijo como todos!

Del nuevo desastre brotaron nuevas llamaradas del dolorido amor, un loco anhelo de redimir de una vez para siempre la santidad de su ternura. Sobrevinieron mellizos, y punto por punto repitióse el proceso de los dos mayores. Mas, por encima de su inmensa amargura, quedaba a Mazzini y Berta gran compasión por sus cuatro hijos. Hubo que arrancar del limbo de la más honda animalidad, no ya sus almas, sino el instinto mismo abolido. No sabían deglutir, cambiar de sitio, ni aun sentarse.

Aprendieron al fin a caminar, pero chocaban contra todo, por no darse cuenta de los obstáculos. Cuando los lavaban mugían hasta inyectarse de sangre el rostro. Animábanse sólo al comer, o cuando veían colores brillantes u oían truenos. Se reían entonces, echando afuera lengua y ríos de baba, radiantes de frenesí bestial. Tenían, en cambio, cierta facultad imitativa; pero no se pudo obtener nada más. Con los mellizos pareció haber concluido la aterradora descendencia. Pero pasados tres años desearon de nuevo ardientemente otro hijo, confiando en que el largo tiempo transcurrido hubiera aplacado a la fatalidad. No satisfacían sus esperanzas. Y en ese ardiente anhelo que se exasperaba, en razón de su infructuosidad, se agriaron.

Hasta ese momento cada cual había tomado sobre sí la parte que le correspondía en la miseria de sus hijos; pero la desesperanza de redención ante las cuatro bestias que habían nacido de ellos, echó afuera esa imperiosa necesidad de culpar a los otros, que es patrimonio específico de los corazones inferiores.

Iniciáronse con el cambio de pronombre: tus hijos. Y como a más del insulto había la insidia, la atmósfera se cargaba.

—Me parece —díjole una noche Mazzini, que acababa de entrar y se lavaba las manos— que podrías tener más limpios a los muchachos.

Berta continuó leyendo como si no hubiera oído.

—Es la primera vez —repuso al rato— que te veo inquietarte por el estado de tus hijos. Mazzini volvió un poco la cara a ella con una sonrisa forzada:

—De nuestros hijos, ¿me parece?

—Bueno; de nuestros hijos. ¿Te gusta así? —alzó ella los ojos. Esta vez Mazzini se expresó claramente:
—¿Creo que no vas a decir que yo tenga la culpa, no?
—¡Ah, no! —se sonrió Berta, muy pálida— ¡pero yo tampoco, supongo!... ¡No faltaba más!... —murmuró.
—¿Qué, no faltaba más?
—¡Que si alguien tiene la culpa, no soy yo, entiéndelo bien! Eso es lo que te quería decir.

Su marido la miró un momento, con brutal deseo de insultarla.

—¡Dejemos! —articuló, secándose por fin las manos.
—Como quieras; pero si quieres decir...
—¡Berta!
—¡Como quieras!

Este fue el primer choque y le sucedieron otros. Pero en las inevitables reconciliaciones, sus almas se unían con doble arrebato y locura por otro hijo. Nació así una niña. Vivieron dos años con la angustia a flor de alma, esperando siempre otro desastre. Nada acaeció, sin embargo, y los padres pusieron en ella toda su complacencia, que la pequeña llevaba a los más extremos límites del mimo y la mala crianza. Si aún en los últimos tiempos Berta cuidaba siempre de sus hijos, al nacer Bertita olvidóse casi del todo de los otros. Su solo recuerdo la horrorizaba, como algo atroz que la hubieran obligado a cometer. A Mazzini, bien que en menor grado, pasábale lo mismo.

No por eso la paz había llegado a sus almas. La menor indisposición de su hija echaba ahora afuera, con el terror de perderla, los rencores de su descendencia podrida. Habían acumulado hiel sobrado tiempo para que el vaso no quedara distendido, y al menor contacto el veneno se vertía afuera. Desde el primer disgusto emponzoñado habíanse perdido el respeto; y si hay algo a que el hombre se siente arrastrado con cruel fruición, es, cuando ya se comenzó, a humillar del todo a una persona.

Antes se contenían por la mutua falta de éxito; ahora que éste había llegado, cada cual, atribuyéndolo a sí mismo, sentía mayor la infamia de los cuatro engendros que el otro habíale forzado a crear. Con estos sentimientos, no hubo ya para los cuatro hijos mayor afecto posible. La sirvienta los vestía, les daba de comer, los acostaba, con visible brutalidad. No los lavaban casi nunca. Pasaban todo el día sentados frente al cerco, abandonados de toda remota caricia. De este modo Bertita cumplió cuatro años, y esa noche, resultado de las golosinas que era a los padres absolutamente imposible negarle, la criatura tuvo algún escalofrío y fiebre. Y el temor a verla morir o quedar idiota, tornó a reabrir la eterna llaga.

Hacía tres horas que no hablaban, y el motivo fue, como casi siempre, los fuertes pasos de Mazzini.

—¡Mi Dios! ¿No puedes caminar más despacio? ¿Cuántas veces? . . .
—Bueno, es que me olvido; ¡se acabó! No lo hago a propósito. Ella se sonrió, desdeñosa: —¡No, no te creo tanto!
—Ni yo, jamás, te hubiera creído tanto a tí. . . ¡tisiquilla!
—¡Qué! ¿Qué dijiste?...
—¡Nada!
—¡Sí, te oí algo! Mira: ¡no sé lo que dijiste; pero te juro que prefiero cualquier cosa a tener un padre como el que has tenido tú!
Mazzini se puso pálido.

—¡Al fin! —murmuró con los dientes apretados—. ¡Al fin, víbora, has dicho lo que querías!
—¡Sí, víbora, sí! Pero yo he tenido padres sanos, ¿oyes?, ¡sanos! ¡Mi padre no ha muerto de delirio! ¡Yo hubiera tenido hijos como los de todo el mundo! ¡Esos son hijos tuyos, los cuatro tuyos!

Mazzini explotó a su vez.

—¡Víbora tísica! ¡eso es lo que te dije, lo que te quiero decir! ¡Pregúntale, pregúntale al médico quién tiene la mayor culpa de la meningitis de tus hijos: mi padre o tu pulmón picado, víbora!

Continuaron cada vez con mayor violencia, hasta que un gemido de Bertita selló instantáneamente sus bocas. A la una de la mañana la ligera indigestión había desaparecido, y como pasa fatalmente con todos los matrimonios jóvenes que se han amado intensamente una vez siquiera, la reconciliación llegó, tanto más efusiva cuanto hirientes fueran los agravios.

Amaneció un espléndido día, y mientras Berta se levantaba escupió sangre. Las emociones y mala noche pasada tenían, sin duda, gran culpa. Mazzini la retuvo abrazada largo rato, y ella lloró desesperadamente, pero sin que ninguno se atreviera a decir una palabra. A las diez decidieron salir, después de almorzar. Como apenas tenían tiempo, ordenaron a la sirvienta que matara una gallina.

El día radiante había arrancado a los idiotas de su banco. De modo que mientras la sirvienta degollaba en la cocina al animal, desangrándolo con parsimonia (Berta había aprendido de su madre este buen modo de conservar frescura a la carne), creyó sentir algo como respiración tras ella. Volvióse, y vio a los cuatro idiotas, con los hombros pegados uno a otro, mirando estupefactos la operación... Rojo... rojo...

—¡Señora! Los niños están aquí, en la cocina.

Berta llegó; no quería que jamás pisaran allí. ¡Y ni aun en esas horas de pleno perdón, olvido y felicidad reconquistada, podía evitarse esa horrible visión! Porque, naturalmente, cuando más intensos eran los raptos de amor a su marido e hija, más irritado era su humor con los monstruos.

—¡Que salgan, María! ¡Échelos! ¡Échelos, le digo!

Las cuatro pobres bestias, sacudidas, brutalmente empujadas, fueron a dar a su banco.

Después de almorzar, salieron todos. La sirvienta fue a Buenos Aires, y el matrimonio a pasear por las quintas. Al bajar el sol volvieron; pero Berta quiso saludar un momento a sus vecinas de enfrente. Su hija escapóse enseguida a casa. Entretanto los idiotas no se habían movido en todo el día de su banco. El sol había traspuesto ya el cerco, comenzaba a hundirse, y ellos continuaban mirando los ladrillos, más inertes que nunca.

De pronto, algo se interpuso entre su mirada y el cerco. Su hermana, cansada de cinco horas paternas, quería observar por su cuenta. Detenida al pie del cerco, miraba pensativa la cresta. Quería trepar, eso no ofrecía duda. Al fin decidióse por una silla desfondada, pero faltaba aún. Recurrió entonces a un cajón de kerosene, y su instinto topográfico hizo

colocar vertical el mueble, con lo cual triunfó. Los cuatro idiotas, la mirada indiferente, vieron cómo su hermana lograba pacientemente dominar el equilibrio, y cómo en puntas de pie apoyaba la garganta sobre la cresta del cerco, entre sus manos tirantes. Viéronla mirar a todos lados, y buscar apoyo con el pie para alzarse más. Pero la mirada de los idiotas se había animado; una misma luz insistente estaba fija en sus pupilas. No apartaban los ojos de su hermana, mientras creciente sensación de gula bestial iba cambiando cada línea de sus rostros. Lentamente avanzaron hacia el cerco. La pequeña, que habiendo logrado calzar el pie, iba ya a montar a horcajadas y a caerse del otro lado, seguramente, sintióse cogida de la pierna. Debajo de ella, los ocho ojos clavados en los suyos le dieron miedo.

—¡Soltáme! ¡Déjame! —gritó sacudiendo la pierna. Pero fue atraída.

—¡Mamá! ¡Ay, mamá! ¡Mamá, papá! —lloró imperiosamente. Trató aún de sujetarse del borde, pero sintióse arrancada y cayó.

—Mamá, ¡ay! Ma. . . —No pudo gritar más. Uno de ellos le apretó el cuello, apartando los bucles como si fueran plumas, y los otros la arrastraron de una sola pierna hasta la cocina, donde esa mañana se había desangrado a la gallina, bien sujeta, arrancándole la vida segundo por segundo.

Mazzini, en la casa de enfrente, creyó oír la voz de su hija.

—Me parece que te llama—le dijo a Berta. Prestaron oído, inquietos, pero no oyeron más. Con todo, un momento después se despidieron, y mientras Berta iba dejar su sombrero, Mazzini avanzó en el patio.

—¡Bertita!

Nadie respondió.

—¡Bertita! —alzó más la voz, ya alterada.

Y el silencio fue tan fúnebre para su corazón siempre aterrado, que la espalda se le heló de horrible presentimiento.

—¡Mi hija, mi hija! —corrió ya desesperado hacia el fondo. Pero al pasar frente a la cocina vio en el piso un mar de sangre. Empujó violentamente la puerta entornada, y lanzó un grito de horror.

Berta, que ya se había lanzado corriendo a su vez al oír el angustioso llamado del padre, oyó el grito y respondió con otro. Pero al precipitarse en la cocina, Mazzini, lívido como la muerte, se interpuso, conteniéndola:

—¡No entres! ¡No entres!

Berta alcanzó a ver el piso inundado de sangre. Sólo pudo echar sus brazos sobre la cabeza y hundirse a lo largo de él con un ronco suspiro.

Responda las siguientes preguntas de acuerdo con las habilidades de la comprensión lectora abordadas

1) ¿A los cuántos meses de nacidos los hijos se volvían idiotas?

2) ¿Qué defecto encontraba Mazzini en su esposa Berta?

3) ¿Qué defecto encontraba Berta en su esposo Mazzini?

4) ¿Qué relación tenía Berta con sus cuatro primeros hijos?

5) ¿Qué diferencias existían entre la forma en que ambos padres trataban a sus cuatro primeros hijos y la última hija?

6) ¿Qué sentimiento humano revelan los esposos ante la desgracia de tener cuatro hijos idiotas? Descríbalo.

7) ¿Qué cosas fascinaban a los cuatro idiotas?

8) ¿Por qué los cuatro idiotas miraban con tanta fijación los ladrillos?

9) ¿Por qué asesinaron a su hermana Bertita?

10) ¿Por qué el texto se titula “la gallina degollada”?

Pauta de evaluación

Marca con una X el recuadro que mejor represente tu desempeño.

INDICADOR	LO HICE PERFECTO PORQUE ERA FÁCIL	LO HICE PERFECTO, PERO ERA DIFÍCIL	PUDO SER MEJOR, AUNQUE ERA FÁCIL	PUDO SER MEJOR, PERO ERA DIFÍCIL	LO HICE MAL O NO LO HICE, AUNQUE ERA FÁCIL	LO HICE MAL O NO LO HICE PORQUE ERA DIFÍCIL
Pude responder todas las preguntas de la ficha N°1						
Logré identificar los pasos necesarios para responder las preguntas						
Apliqué los pasos identificados para cada habilidad de la comprensión lectora						